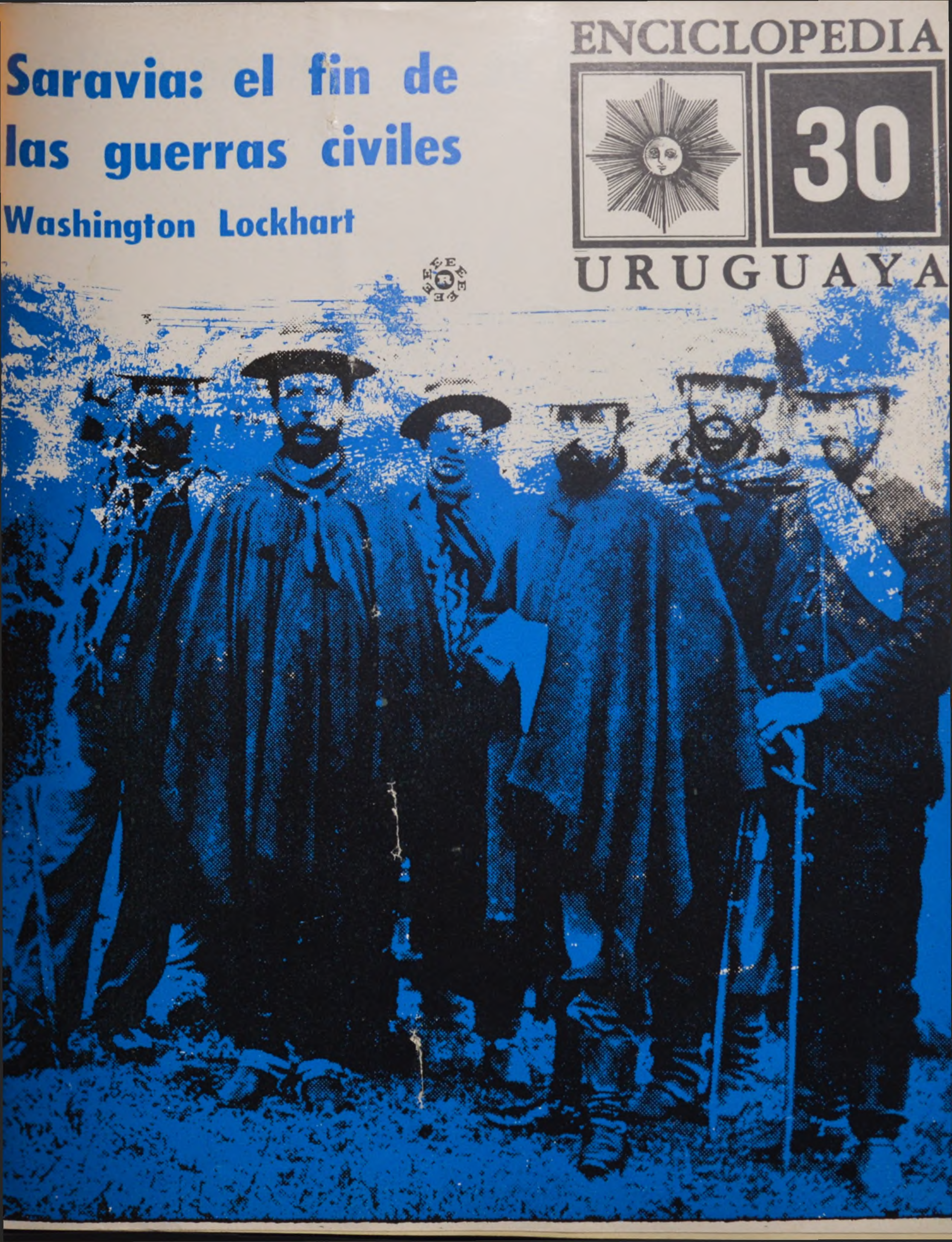

Saravia: el fin de las guerras civiles
Washington Lockhart
ENCICLOPEDIA
30
URUGUAYA

# Saravia: el fin de las guerras civiles

**Washington Lockhart**



*APARICIO SARAVIA*

CARATULA: De izq. a der. *Luis Ponce de León, Aparicio Saravia, Nepomuceno Saravia, Diego Lamas, Luis Alberto de Herrera* y *Luis Pastoriza* (Deferencia del Sr. Eduardo Víctor Haedo).

## La situación en la época de Idiarte Borda

A un cuarto de siglo de la legendaria patriada del 70, las condiciones del país parecían haber cambiado demasiado como para que se pudiera pensar en una nueva revolución a campo abierto. Domesticado Timoteo Aparicio por Latorre, de quien se convirtiera en humillado colaborador, fortalecida, con Santos, la hegemonía del Gobierno, derrotada la Tricolor en el 75 con el concurso del mismo Timoteo, y deshecho en el Quebracho, con la misma facilidad con que lo fueran otros intentos menos extendidos, el muy planificado movimiento del 86, pudo prescindirse incluso, con Herrera y Obes, del aparato militar, convertido ahora en mero sostén del régimen, en fuerza puesta dócilmente al servicio de una organización estatal especiosamente estructurada. El ferrocarril, el telégrafo, las armas superiores y la racionalización del ejército, fueron volviendo improcedentes los arrestos de los caudillos locales, coartados sus movimientos, por lo demás, en una campaña que obstruían, tanto los alambrados recién tendidos, como una creciente invasión de gringos ajenos a su mentalidad tradicional.

A lo que debe agregarse un gauchaje cada vez más invertebrado, reducido ahora a papeles subalternos como peón o agregado, cuando no como milico, sin otras vías abiertas a su antiguo coraje que el matonaje suburbano al amparo del coronel de turno. Sus hazañas no podían así cumplirse sino al nivel estricto de lo policial, en pugna desigual contra envalentonados comisarios. Herrera y Obes pudo ir perfeccionando de ese modo sin sobresaltos los resortes de su potestad, rodeado por una "colectividad" impermeable a toda intrusión que pudiera desmembrarla.



*Escolta presidencial con traje de parada.*

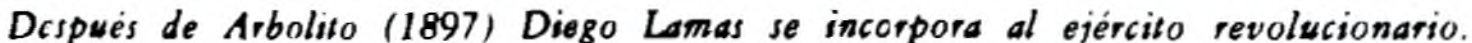
Le resultó fácil al "colectivismo" así institucionalizado prolongarse con Idiarte Borda, personaje cuya carencia de relieve no permitía siquiera disimular, como con su antecesor, la neta situación de poder que regía en esos años. Pese a sus virtudes como propulsor de iniciativas diversas, quedaron en evidencia algunos procedimientos no muy claros, a los que se vinculaba el rápido crecimiento de su fortuna personal. Aunque el país, a la rastra del empresismo británico, vivía en relativa prosperidad, aunque la propiedad se valorizaba y crecía el volumen de la agropecuaria, así como la población, y aunque las clases alta y media podían gozar de un satisfactorio nivel de vida, con mucho vino francés, casimir inglés y demás consumos que hoy se consideran lujos, los motivos de descontento eran también profusos. La confianza general venía ya menoscabándose desde la quiebra del Banco Nacional. A la distorsión provocada por las especulaciones bursátiles, con Reus a la cabeza, el aventurerismo financiero y la supeditación a la economía inglesa, debía ahora agregar el natural resentimiento de quienes no pertenecían a la "colectividad", fueran blancos, constitucionalistas o colorados del grupo popular de Batlle. Ni pensar en el recurso de elecciones reivindicadoras. Aunque desde el 84 se hablaba mucho, con Jiménez de Aréchaga, de la democratización del sufragio, aunque se proyectaran reformas de la Ley Electoral y se estableciera en el 93 el Registro Cívico permanente, tales amagos dejaron de manifestarse con Idiarte Borda, cuidadoso por mantener invulnerable la continuidad de su grupo, al que sostenían influyentes intereses extranjeros, la Iglesia, e incluso los más ávidos sectores del latifundio. Se consumaba así el divorcio con el pueblo que había ya podido apreciarse en Herrera y Obes, y se insinuaban además serias divergencias con gran parte de la burguesía de la capital y del campo, desconfiadas de un régimen que no parecía suficiente garantía. El obrero, por su parte, comenzó a agitarse en esos años en protestas y huelgas. La demanda de libertad y condiciones más equitativas se extendía de ese modo a amplias capas de la sociedad.

El Partido Nacional no podía desaprovechar tal coyuntura, pero su actividad se dispersaba en esfuerzos heterogéneos. Desde hacía tiempo había perdido también conexión con el pueblo. Carecía de caudillos de arrastre, y muchos de ellos (Timoteo Aparicio y Justino Muniz fueron los más notables), habían sido absorbidos por los gobernantes colorados. En tesitura ahora menos belicosa, el Directorio, saliendo de su letargo, auspició la fundación de clubes, en tanto el sector juvenil de Acevedo Díaz, desde "El Nacional", empezó en el 96 a dar la nota resonante, declamando encendidos alegatos contra el exclusivismo bordista y sus abusos más visibles. En Buenos Aires, un conjunto numeroso de emigrados abría por su parte un tercer frente, primero en ruidosas asambleas, luego en más callada y tesonera empresa de recolección de fondos y concentración de fuerzas. Poco podía esperarse de todo aquello: mesura timorata en el aburguesado Directorio, expreso enemigo de toda violencia revolucionaria, vanos fuegos de artificio en Acevedo Díaz, mucho ruido y poca plata en la Junta bonaerense. Faltaba un propulsor decidido y de fe, alguien que abreviara tales preparativos y cautelas y que convirtiera aquel difuso descontento en acción lisa y llana. Pero ese hombre existía, aunque apenas si se le advertía en nuestra patria. Tal fue Saravia, el "Saraiva" que se había hecho conocer años atrás, cuando llegaran desde Río Grande los ecos de sus hazañas y las de su hermano Gumersindo, en la larga y cruenta revolución de los federales contra los republicanos.

# Entra en acción Saravia

Designado general desde la muerte de Gumersindo, Aparicio se hizo famoso como lancero, como baqueano y como jefe, conduciendo sus tropas indemnes a través de cientos de leguas y docenas de combates, hasta que en el 95 se acogiera a la amnistía general luego de una paz honorable. Si había acompañado a Gumersindo, había sido con el firme designio de ir afilando sus garras, con la mente puesta en la situación de nuestra patria, usando ya la divisa blanca, en lugar de la colorada de los federales. Nacido en 1855, su padre era un *gaúcho* emigrado de Río Grande en el 49, tropero y trabajador incansable que juntó tesoneramente pesos, tierras e hijos, de los que llegó a tener trece de sus dos matrimonios. Los cuatro mayores, Gumersindo, Basilisio, Antonio ("Chiquito") y Aparicio, se harán famosos por su espíritu guerrero. Todos se criarán a campo; el adolescente Aparicio se escapará para ello del colegio franciscano de Montevideo en donde lo pusiera su padre, y se aparecerá en sus pagos, en donde vivió en su juventud como un gaucho de chiripá y bota de potro, trabajador, vivaracho, peleando si se daba el caso, aunque no pendenciero, más afecto a las lides de la baraja que a las del facón. Peleó en la Tricolor, nada menos que contra su ídolo Timoteo Aparicio, uncido por entonces al gobierno. Se casa en el 78 con una sobrina del famoso general colorado Goyo Suárez, luego de robar a su prenda en ancas de su flete. Hereda campos de su madre, muerta en el 80. Le nacen seis hijos en sus pagos del Cordobés. Se enriquece. Pero su vida sigue siendo austera. Vive a caballo, no bebe ni fuma, es calmo, trabajador, chacotón, bondadoso, recto. Quiere entrañablemente a su patria, de la que ha hecho casi un mito. Sueña con liberarla de "mandones". Y sigue así en el 93 a Gumersindo, quien con su montonera de cuatrocientos *gaúchos*, casi todos brasileños, entra en Río Grande en son de Guerra.

Durante dos años peleará fieramente en filas federales contra los republicanos. Intervendrá en más de setenta encuentros enconados, en larguísimas travesías y obstinados asedios, en penosas retiradas estratégicas y heroicas cargas a lanza, hasta que, firmada la paz en el 95, vuelve a sus pagos con treinta compañeros. Trae una bala incrustada en la columna, y trae también un prestigio de leyenda. Cambia de nuevo el "Saraiva" por Saravia. Ya ha cumplido su aprendizaje bélico, y aplica ahora su empeño a corregir la situación del Uruguay. Enterado de la oposición que se iba encrespando contra Borda, entra en actividad de inmediato. En abril del 96 el Directorio había decretado la abstención; lo mismo harán los constitucionalistas y el sector de Batlle. En julio daba comienzo a su prédica Acevedo Díaz. Y en agosto Saravia empieza a tender los hilos fundando con Chiquito un club en Pablo Páez. La respuesta fue sorprendente. Su fama atrajo desde muchos quilómetros a la redonda un millar de paisanos enfervorizados. Aparicio, eufórico, los hizo formar y les pasó revista al galope. Un mar de vivas al "general Aparicio" se alzó espontáneamente. Tomando clara conciencia de tan privilegiada coyuntura, bajó entonces a la capital, junto con Basilio Muñoz, a ofrecerle su brazo al Direc-



*Después de Arbolito (1897) Diego Lamas se incorpora al ejército revolucionario.*



torio. Puso sobre la mesa los títulos de sus campos. Junto con su brazo, ofreció sus bienes y sus gauchos. Pero nadie quería creer en la factibilidad de una revolución. Y Aparicio debió volver al Cordobés desengañado, aunque no desalentado. Así es como, buscando impedir la realización de elecciones fraudulentas, el 23 de noviembre, de acuerdo con Chiquito, levanta el poncho con sus gauchos.

Empieza a corretear de un lado para el otro, buscando incorporaciones. No recibe todas las que espera; apenas mil hombres armados casi todos a lanza, con algunas docenas de carabinas y muy pocas municiones. Logra sin embargo escabullirse y se apodera sorpresivamente de Sarandí del Yí, en donde consigue algunas otras carabinas. Pero anda cerca Justino Muniz, el prestigioso caudillo blanco al servicio del Gobierno, enconado por la muerte de su joven hijo al incendiarse el almacén de Zavala a raíz de una incursión de la gente de Chiquito. Aparicio debe así luchar contra el otro gran caudillo de la zona con cuya ayuda confiaba contar, contra aquel mismo Muniz cuyo amor a la divisa era tan desmedido que había llegado al extremo de pintar todas las habitaciones de su casa a listas blancas y azules. Una noche, sin que nadie pueda impedirlo, se produce una pavorosa espantada de la caballada de Aparicio. Es el fin de la intentona. Debe entonces disolver sus fuerzas y buscar una salida hacia el Brasil; rodeado de enemigos, logra abrirse camino con una vigorosa carga a lanza. El movimiento había fracasado luego de ocho días y de mil doscientos quilómetros de correrías. Pero su efecto había sido extraordinario. El país entero supo que las patriadas románticas eran todavía posibles. Que el legendario Saraiva podía recorrer el Uruguay como recorriera Río Grande, en son de guerra y sin que hubiera modo de apresarlo.



*El "Aguila del Cordobés".*

## SARAVIA
## JUZGADO POR FLORENCIO SANCHEZ Y POR JAVIER DE VIANA

¿Te acuerdas de Aparicio Saravia? ¿Lograste durante la campaña descubrirle otras condiciones que mucho coraje, bastante astucia indígena y algunos hábiles recursos estratégicos como general, y como hombre una escasísima cultura moral y un espíritu celular con recovecos llenos de esa suspicacia aviesa, chocarrera y guaranga que se cristaliza en el gaucho americano?

Florencio Sánchez, *"Cartas de un flojo"*.

Se ha dicho que Aparicio es un gaucho bruto (. . . .) Es una impostura. Aparicio tiene la cultura general de cualquier hombre que no ha cursado estudios especiales. Habla y escribe con facilidad y corrección, y tiene los modales de cualquier persona educada. Su lenguaje no tiene nada de gaucho; ni la ampulosidad, ni el continuo brillar de símbolos y metáforas, ni las incorrecciones clásicas, ni el derroche de interjecciones, frecuente en nuestro país hasta en los hombres de mayor ilustración. Si pronuncia mal muchas palabras, si dice *rompido*, *resolvido* y otras por el estilo, se ve bien, comparándolas en el conjunto de su conversación, que no nacen del habla campesina, sino de la influencia brasileña, cuyo idioma le es tan familiar como el suyo propio.

Aparicio tiene la frase breve y concisa y no pronuncia palabra de más, buscando que éstas expresen exactamente lo que quiere decir. Escucha siempre con atención, y tiene un razonamiento firme, duro, exacto. Lo he visto, más de una vez, destruir con cuatro palabras la larga argumentación hecha en casi discursos por intelectuales de nota.

Aparicio Saravia es el sentido común, reposado y sereno, rebelándose contra las utopías egoístas que han primado desde los comienzos de nuestra atormentada existencia institucional. Es la nación, sus fuerzas vivas y creadoras, reclamando un puesto en la acción dirigente, hasta ayer entregada a especulaciones intelectuales, a un desatinado peloteo de conceptos abstractos, que han sido una tranca para el desenvolvimiento del progreso del país, al mismo tiempo que distraía riquezas en la alimentación de parásitos.

No es un hombre, es un símbolo; no es una idea, es un sentimiento. En el ánimo de todos los hombres que trabajan en mi tierra, Aparicio Saravia aparece como la representación de la Virtud. Es el águila engarbada en el yatay más alto de las selvas patrias, y su voz resuena en toda la extensión de la tierra charrúa, con la sonoridad de la voz de la justicia. Se le puede vencer, se le puede matar, pero no se encontrará sepulcro a su medida y perdurará en la memoria de sus compatriotas y su nombre se grabará al lado de los más grandes nombres que echan luz, desde la noche del pasado, sobre el presente de la patria.

Javier de Viana, *"Con divisa blanca"*.



*Justino Muniz, caudillo blanco y jefe del ejército gubernista.*

# Antecedentes de la guerra

El caudillo, desde su base en Bagé, desconfiado de un Directorio que había desamparado lo que llamara "movimientos anárquicos y temerarios", resuelve enviar a Chiquito a Buenos Aires, en donde encontrará ambiente más propicio. El destierro fomentaba en efecto un resentimiento tanto más fuerte cuanto de raíz más interesada; como escribiera Ricardo Paseyro, ese resentimiento nacía pura y simplemente de encontrarse "proscriptos de la Administración", de comprobar que eran siempre los mismos quienes usufructuaban el presupuesto, los puestos públicos, los sitiales directivos en el Gobierno y en la industria, las pensiones y las regalías. La Junta resuelve entonces prescindir del Directorio y organizar un contingente que sirviera de base al ejército ciudadano. Sus principios eran vagos y banales: sufragio limpio, honradez administrativa, ideales puramente negativos. Sabían bien lo que *no* querían, pero no lo que querían. No tenían planes. Saravia por otra parte nunca los tuvo. Aceptaba cualquier gobierno con tal que fuera "mansito", cada uno gozando de privilegios propios, tanto los blancos como los colorados. Pero ese "no" (a la estafa electoral, al exclusivismo y a la corrupción), era fuerte y generalizado. En él coincidían obreros, comerciantes, campesinos, todos los blancos y muchos de los colorados, los que formaban el naciente batllismo. La protesta adquirió volumen nacional, con más espontaneidad que la que estallaría en 1904, expresión, esta última, de fuerza, de quien sobre todo quiere hacerse respetar. En el 97 fue, en cambio, la apertura de una posibilidad, en la que una gran mayoría quería desembarazarse de los abusos de una pequeña minoría. Posibilidad para nada en concreto, pero "contra" irregularidades muy concretas. Veinticinco años de domesticación no podían, sin embargo, soslayarse de un golpe. Saravia, aguerrido en el Brasil y protagonista reciente del que se diera en llamar "el Grito de la Coronilla", supo que la empresa era factible. No encontrando apoyo entre los federales, recurre a los republicanos, nada menos que a João Francisco le promete ayuda; es su manera de vengarse del Gobierno uruguayo por su aquiescencia con los federales. Pero lo que Saravia buscó sobre todo explotar eran los sentimientos localistas defraudados, al tener que soportar jefes políticos colorados, así como las levas, que entonces recrudecieron con violencia y saña, la ola de nuevos impuestos y la virtual descalificación a que las amañadas juntas electorales tenían condenados a los blancos. Trató, asimismo, de que bajo la bandera nacional (más que "nacionalista") se agruparan todos los desconformes, sin excluir en principio a los colorados. En sus proclamas apenas menciona al Partido Nacional. Hablaba, en voz alta, de la Patria, y muy bajito, para los que estaban cerca, del Partido. No porque tuviera muchas esperanzas —como se llegó a pensar— en la colaboración de Batlle, sino para evitar simplemente que se uniera a Cuestas.

Batlle, por su parte, no se dejó engañar: "Dice el Partido Blanco que viene a restablecer las garantías individuales y las libertades públicas... ¡Pero no lo creamos...! Viene, antes que todo, a derrocar al Partido Colorado". Basilisio, hermano de Aparicio y colorado como José, dirá a su vez: "No creo que sea el Partido Nacional el que se levanta". Mencionemos de paso el caso extraño de que mientras a Basilisio, que había llegado incluso a pelear a las órdenes del Goyo Geta, uno de sus hijos le había salido blanco, Aparicio tenía uno colorado, y que ambos hijos pelearan uno contra el otro por obediencia filial, el blanco, junto a los colorados, y el colorado con los blancos. Tales eran las complicadas intríngulis a que solían conducir partidismos que no podían explicarse por ningún motivo valedero. Debe agregarse que, apenas se desató el conflicto, muchos de los sectores de obreros, comerciantes, industriales, burócratas e incluso aquellos estancieros que habían comprometidos capitales importantes en la mejora del ganado y de la comercialización de sus productos, irán revelando su resistencia contra aquel trastorno infligido a sus situaciones o intereses. Rodearon a Saravia algunos estancieros de la vieja escuela, los Muñoz, los Navarrete, algunos emigrados desplazados de los centros de influencia, los primeros arrastrando peonadas y agregados, tropas de esquiladores y gente suelta, algunos pocos centenares en total; los segundos, contratando incluso mercenarios en Buenos Aires y Entre Ríos. Se agregaron, además, algunos intelectuales idealistas de Montevideo. No fue, ni por asomo, un aporte masivo, ni se caracterizó por el predominio de algún sector determinado.



*Moradores de las inmediaciones de Arbolito, que ayudaron a recoger los heridos.*

# La Revolución del 97

Javier de Viana quiso ver en los levantamientos de Saravia una expresión del proletariado campesino, pero aparte de algunos pocos que se incorporaran por apego sentimental a la divisa, los más no eran sino esa misma gente a la que Saravia, y los estancieros patriarcales como él, no proporcionaba trabajo en sus estancias, en las que no se hacía agricultura, en donde no se plantaba un árbol ni se conocía el arado, ni se requería cuidado para un ganado fino que aún no se pensaba en importar. A los proletarios, Saravia no les prometía sino que serían liberados de las levas, y que podrían votar sin restricciones. Pero supo hacerse rodear de muchos de ellos, aún dejando así intocado el problema de fondo de un campo sin oportunidades, y lo consiguió porque sólo junto al caudillo podían ir trazándose un destino, aunque en breve duración, satisfaciendo por el momento los reclamos de su iniciativa inempleada. De ahí que el movimiento, pese a todo, adquirió esplendor estético y pudo ser considerado la última de las románticas manifestaciones de la voluntad campesina. No faltaban motivos, pero el medio utilizado les era en cierto modo incongruente. El "no" podía conducir a algo, pero ese algo no podía estar relacionado con las nuevas necesidades que el pueblo estaba ya sintiendo. Con aquellas revoluciones "mesiánicas" no "se revolucionaba" nada; se movían piezas, se desplazaban hombres y se concluía en pactos o componendas que servían de situación de base a nuevos conflictos y "revoluciones". Todo, en el fondo, seguía igual, salvo ordenaciones que se iban estableciendo por la fuerza misma de las cosas, dentro de lo que suele entenderse como organización democrática republicana de las instituciones.

•

El 5 de marzo del 97, el mismo día en que el otro Aparicio invadiera hacía veintisiete años contra el otro Batlle, entra Saravia por el norte con cuatrocientos hombres mal armados, algunos de ellos sin contar siquiera con caballos. El mismo día, tal como se había convenido, desembarca Diego Lamas con veintidós acompañantes en las costas de Colonia. Otras columnas, al mando de José Núñez y de Olivera, lo hacen por otros puntos, todos luego de innumerables contratiempos. Varios caudillos locales, convocados al efecto, aprestan sus huestes: Juan Francisco Mena, en Flores; José González, en Florida; Aldama y muchos viejos famosos: Marín, Jara, Urtubey, Amilivia, Basilio Muñoz padre, Trías, Rivas, Francia, todos lindando los ochenta, pero capaces aún de embrazar, lanzar y galopar días y días. El ejército es todo de caballería; visten como pueden; armas, las hay de todas clases; no faltan el lazo ni las boleadoras; Saravia mismo no deja de llevarlas. Van entre ellos periodistas, empleados, profesores. El conjunto es heterogéneo. La orden es ir al tranco, mantener siempre frescos los caballos. Estar así permanentemente en condiciones de alejarse de cualquier enemigo superior, o de cargarlo, si viene al caso, contando con las reservas necesarias. Pero lo importante es movilizarse, rehuir en

general los combates, incorporar gente, juntar armas, mantener el orden. No se permite el tradicional séquito de chinas, la disciplina es rigurosa, se castiga severamente el robo y la depredación. La sobriedad es norma. No se usan ni siquiera carpas, antes que las introdujera Lamas. Y como distintivo, la ancha divisa blanca, en donde se lee desde el solemne "Por la Patria" de Saravia, hasta las más pintorescas: "Porque soy hombre sin vicio / yo pertenezco a los indios / del general Aparicio"; o aquella otra, que hemos visto, pero que no creemos que Aparicio viera: "Degüello por experiencia / salvajes tengan paciencia".

Adelante, precedido por guerrillas avizoras de bomberos, va el parque de carretas, con las municiones, los repuestos, el botiquín, el dinero. Se marcha en largas columnas, con laderos cuidando los desbandes o las intrusiones en campos ajenos. Saravia generalmente en primera fila, salvo cuando hay que cuidar la retaguardia, atento a todo, picaneando bueyes, metiéndose a veces en el barro, charlando con sus "muchachos". Su famosa carcajada se oye desde lejos, como se ven de lejos su gran poncho y su sombrero blancos, tentador punto de mira para el enemigo. Va siempre de puños duros, cuello y corbata, perfumado, impecable. No gusta considerarse sino un "vecino

## SARAVIA INTIMO

"Saravia vivía en su estancia del Cordobés en medio de una soledad imponente, sin guardias ni perrada bravia para la vigilancia de su persona e intereses".

"En rueda de amigos, todos los ojos se dirigían a Saravia. Nadie miraba a otra parte sino a su persona. Centralizaba la atención en la conversación amistosa, lo mismo que en el campo de la batalla".

"Momentos después, pasamos a la mesa (en casa de Saravia). El almuerzo fue sólido, copioso: asado de costillar de novillo, puchero de espinazo de capón, bifes con pirón de fariña, guiso de perdices, sopa, mazamorra y te. En lugar de vino, se bebía indistintamente agua o leche. Saravia no bebía más que agua".

"El caudillo era muy ocurrente, siendo imposible aburrirse en su compañía. Era un «prosista» que siempre tenía a mano algún cuento, chiste o referencia de doble fondo, que hacía la delicia de sus oyentes, expresándose con un tonito suave, con intencionada picardía, festejando con carcajadas de excelente humor, sus propios dichos".

"Su humorismo era inagotable. Siempre lo hallé fresco, con un contentamiento dichoso. Parecía poseer una alta confianza en sí, y como lo he afirmado, un optimismo sólido. Confieso que jamás lo vi mal engestado, bellaco, con aire iracundo en sus ojos dulces. En el gesto habitual no había «pose» estudiada, ni exteriorizaba un orgullo presuntuoso, ni dejaba traslucir que poseía en su mano los resortes ocultos de una máquina capaz de abrumar al país con su acción. Poseía una condición que faltaba en la mayoría de los hombres: la expresión de la serenidad en el semblante".

"Aparicio poseía dos establecimientos, uno en el Cordobés y otro en la Coronilla. El primero se componía de 5.000 cuadras de extensión, de tierras de buena calidad, en su mayoría, pues algunos potreros eran pedregosos. El segundo lo tenía generalmente arrendado y la extensión y la calidad de las tierras eran inferiores al del Cordobés".

"No necesitaba y en rigor de la verdad despreciaba los vinos, licores, bibelots, baratijas, aperitivos, cosméticos, almohadones, estufas. Era fuerte y sobre todo sano. Su medicina era el agua, siendo un hidrópata convencido. Leía detenidamente el conocido tratado de hidroterapia de Mombrú y apartaba los diarios que le traía el correo local con una indiferencia rayana en el desprecio. En sus conversaciones revelaba un ingenio especial. Parecía interesarse hondamente por la gente de campo, la fundación de escuelas y los caminos".

"Su patriotismo (en el verdadero sentido de la expresión) era muy hondo; un culto grave y reverente por la tierra en que había nacido. Al hablarle de ella se enternecía como un delicado colegial mimoso. Amaba a la tierra uruguaya con una especie de delirio extremado, una exaltación de un misticismo puro de beato arrobamiento. ¡La Patria Uruguaya inmortal! no era para Saravia la pitanza, la etiqueta para explotar o robar a los pueblos, el embaucamiento de muchedumbres, la holganza a costa del prójimo. Su divisa de guerra, ideada por él, decía ingenuamente: «Por la Patria». Yo creo en la sinceridad de su propósito".

José Virginio Díaz *"Historia de Saravia"*.

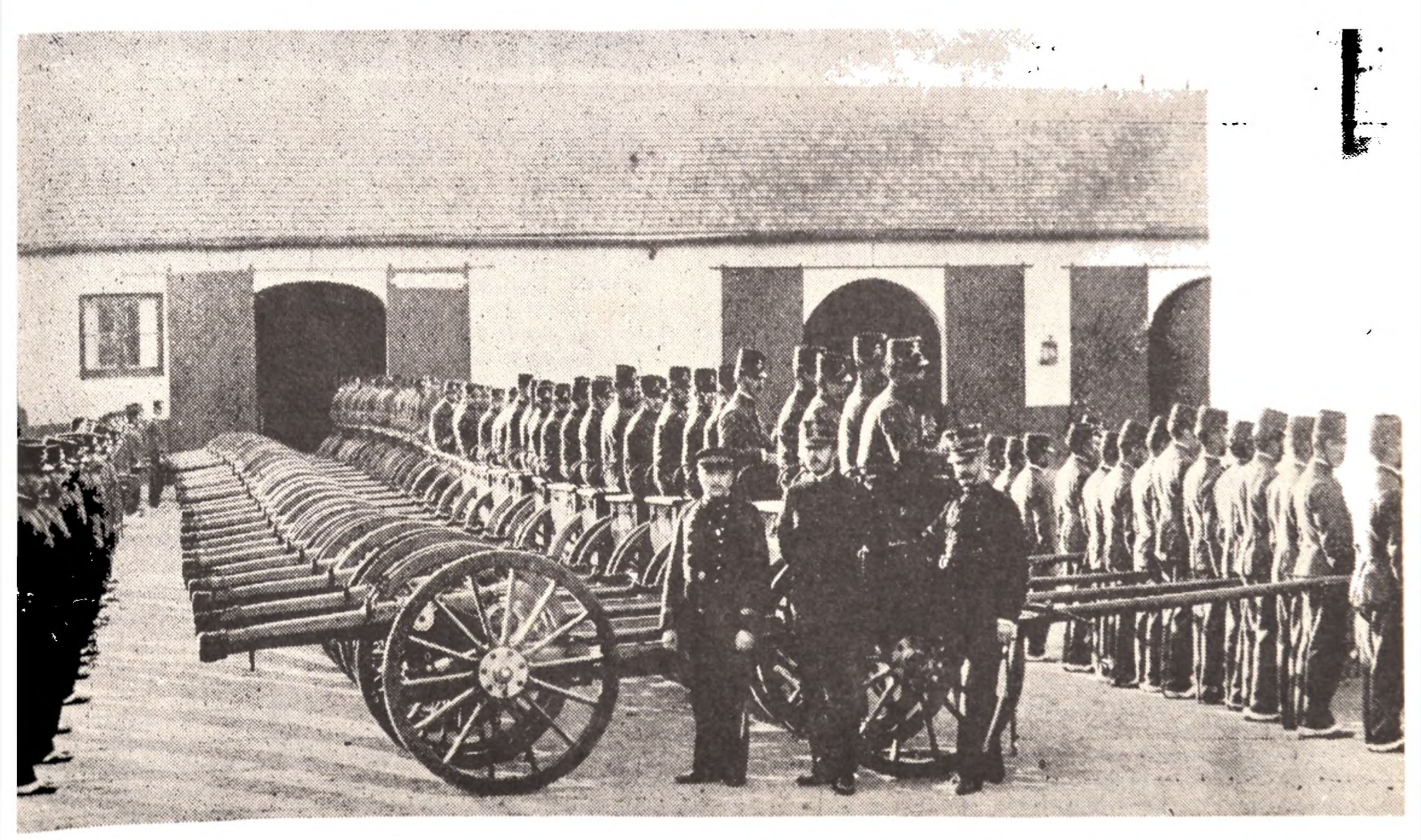


*Una escena que se reprodujo en casi todas las familias del país.*

alzado". Sereno, optimista, sin atribularse jamás, intuitivo, sin adelantar planes inútiles, resolviendo todo en el terreno, adivinándolo todo en base a indicios que él solamente ve. Apenas duerme, y lo hace casi siempre al raso, dispuesto siempre a lo que venga. Vive con su ejército, en él, formando parte indisoluble de él. No se permite un churrasco que no pueda ser compartido por sus gauchos.

El primer encuentro serio apareja la muerte de Chiquito, caído en Arbolito al adelantarse casi solo en temeraria carga a lanza. El golpe fue rudo y se vio posteriormente a Aparicio desfilar por Melo con semblante adusto, con sus tropas diezmadas por la deserción. En ésa y otras ocasiones, no se tomaron todas las providencias necesarias para conseguir una victoria que estuvo al alcance de la mano. Sus órdenes no fueron muchas veces obedecidas. Celos de jefes, debido a veces a la preferencia con que Aparicio distinguía a sus familiares. Lamas, por su parte, vencía a Villar en esos días en Tres Arboles, rudo choque en el que tuvo actuación descollante José Núñez, aventurero de larga experiencia que Duvimioso Terra atrajera a la revolución. Se produjo al fin el encuentro de Lamas con Saravia, sumando así seis mil el número de revolucionarios. Saravia, algo enfermo según unos, apremiado, según otros, por la cercanía de Muniz, no pasó revista al ejército, el que en vano lo esperó en formación. Fue creciendo así en Núñez un resentimiento que no tardará en producir su deserción, acompañado por un fuerte contingente. Aspiraba a ser jefe, y no admitía ser mandado por Lamas, designado jefe del Estado Mayor, ni por Saravia, cuya jerarquía de general desconocía. Digamos que Lamas que no fue más, en realidad, que un noble y sacrificado soldado, sin muchas de las cualidades que se le endosaran al fin de la guerra y sobre todo luego de su muerte en el 98.

La resistencia de Saravia dependía de la ayuda brasileña y bonaerense. La primera no fue muy generosa, sino una venta a veces estricta. La segunda requería acercarse al litoral, lo que debió cumplir en junio. Quedaba así determinado el escenario forzoso de sus correrías: una semicircunferencia que, pasando por el Cordobés, se extendía, por el norte, donde el Río Negro es más vadeable, hasta el Salto, y se arqueaba en el otro hacia el sur, siguiendo la cuchilla Grande, itinerario que conocía bien desde sus tiempos de tropero, para llegar hasta donde el enemigo lo dejara. La conducción de Muniz fue al principio ágil y tenaz. La rivalidad entre ambos jefes requería dilucidar el pleito prontamente. Justino, para Aparicio, era un "marca borrada"; Aparicio, para Justino, no era un blanco de



*Por primera vez el Estado uruguayo maneja con eficacia todos los recursos del poder.*



La desmovilización de 1903, un alto en la larga marcha de Aparicio Saravia.

ley, sino un "brasilero" intruso. Aparicio había esperado atraerse al viejo jefe; pero éste, hosco, introvertido, y herido por la trágica muerte de su hijo, no depuso jamás su hostilidad. Un mensajero de Saravia, cuando Arbolito, no llegó a cumplir su misión de acercamiento, sorprendido entre dos fuegos que estallaron intempestivamente. Los dados estaban así echados.

Saravia encaró la campaña con suma habilidad. Recurrió a la astucia desde el pique, entrando al país de día y saliendo por la noche, para volver a entrar al otro día varios quilómetros más lejos, con lo que buscó hacer creer a los probables espías que eran dos los ejércitos que entraban. Procuró luego facilitar las incorporaciones, rehuyó el combate, y tal vez fue esa excesiva prudencia lo que le impidió, a las dos semanas, salir vencedor en Arbolito. Unido a Lamas, tomó hacia el sur y llegó hasta Cerros Colorados, en donde se encontró de sopetón con el pintoresco Melitón Muñoz, debiendo volverse prudentemente hacia el norte. Cruzó rápidamente por Tacuarembó, cuyos pastos escasos lo hacían tierra poco propicia para mantener en forma la caballería, y vino a trenzarse en Cerros Blancos con Villar, quedando luego en posición comprometida. Pudo al día siguiente quebrantar sin embargo la oposición enemiga en Guaviyú, maniobra que le abrió el camino a Rivera, en su rumbo al litoral. Salvó en esa emergencia, a puro genio y coraje, la suerte de la revolución. No le importaban los que desertaban: "Mejor que se vayan; es la cáscara que se va, el cerno queda". Puso luego asedio a Salto, y se dio entonces en el Hervidero aquel raro combate en el que su caballería debió cruzar fuegos con la escuadra del gobierno. Conseguidos algunos refuerzos, emprende la segunda campaña por el este, en la que procederá con mucha parsimonia. No tiene apuro. Tranquiliza a sus tropas. El tiempo es su aliado, ya vendrán las ayudas necesarias, y el gobierno no puede resistir todo ese traqueteo. Se entablan negociaciones, pero no se engolosina. Pulsa ya la debilidad del gobierno, aunque Borda, acosado por los que claman por la paz y critican su gestión, simula ánimo resuelto.

Reiniciada la lucha, es ahora con el general Benavente con quien debe enfrentarse en Tarariras. Advirtiendo la superioridad del enemigo en armamento, apela a su treta predilecta, dejando algunos batallones como cebo, en tanto se escabulle con el grueso de sus tropas. El máuser, con su tiro de repetición y su mayor alcance, las ametralladoras, los cañones y la munición a discreción, lo obliga a esquivar el choque franco. Debe recurrir así a toda clase de astucias: dejar fogones encendidos en las lomas con muñecos simulando tirar, soltar en los pueblos potrancas con latas llenas de piedras atadas a la cola, lanzar por delante yeguadas chúcaras, ataques o retiradas, recurrir a picadas y sendas que conoce al dedillo. Sabe que si logra eludir toda contienda decisiva, quedará a su arbitrio elegir el momento de negociar y de imponer sus propias condiciones. Eventualidad que se le presentó al fin al ser asesinado Idiarte Borda, el 25 de agosto, cuando se dirigía a pie desde la catedral a la Casa de Gobierno. Cuestas, a cargo del gobierno, se apresuró a ceder a la presión general y buscó un acercamiento. Saravia obtuvo de ese modo la paz ventajosa a que aspiraba.



# El país partido al medio

Fue, el de La Cruz, el primer tratado de paz de nuestra historia resuelto únicamente entre uruguayos, sin mediadores extranjeros, sentados muy campechanamente sobre el pasto. El país lo festejó ruidosamente. Y a Saravia se le reconocieron seis jefaturas políticas, un sufragio mejor garantido, y el derecho de la minoría a tener representantes en las juntas electorales, en las juntas económico-administrativas y en la diputación. Aunque no había logrado congregar sino unos pocos miles de hombres mal armados, la oligarquía había debido transar y deponer su imperio. La democracia era ahora un poco más verdadera. Se establecía la coparticipación, conquistando los blancos reductos casi invulnerables, en los que podían buscar fortalecerse dentro de una especie de tácita organización federal, con municipios a la española, gozando de una casi irrestricta autonomía. Se dio así una situación excepcional, una inestabilidad estabilizada por la presión de una amenaza latente y permanente: más allá del Cordobés, había otro gobierno, con milicias y armamentos propios, ante el cual había que cuidar cada gesto y cada decisión. Los mensajeros iban y venían. Como decía Herrera y Reissig, los límites del país eran, al norte, Aparicio Saravia, al sur, Juan Lindolfo Cuestas, etc. Tanto el gobierno como el Directorio del Partido Nacional todo lo debían consultar con el caudillo, cuyo prestigio crecía a la par de su peso. Aquel gaucho flaco y barbudo del 97, fue pasando en efecto de 62 kilos bien contados, a los 105 que pesará en 1904. Afeitada la barba, su rostro se verá más limpiamente. Apenas hablará, apenas opinará, apenas comentará lo que sucede; pero todos se afanan por adivinar sus deseos y sus intenciones. Juega a no actuar, porque sabe que su fuerza reside en lo que es, y no en lo que pueda pensar. "Yo soy un Juan de afuera; los doctores resuelven". Atiende a todos, ríe fuerte, hace chistes, mira a todos de frente, no habla mal de nadie, ni siquiera de quienes se consideran sus enemigos; simula la pasividad: "Son ellos lo que mandan, y hay que obedecer". No va nunca a Montevideo. Cuando se le requiere, dice con sorna: "Bueno, la verdad; yo tengo muchas ganas de d'ir, pero... estoy esperando que haiga un motivo".

En 1901 se va a vivir a Melo, pero apenas sale. Sabe que Cuestas, que teme un levantamiento del ejército, lo necesita. Lo que más le importa es que Cuestas, con quien pacta en secreto, no le impida el tráfico de armas. Además, ahora tiene votos. En 1900 los nacionalistas ganan cinco de las seis senaturías en juego. Pero el Directorio pactará en 1901 aceptando ser minoría en la legislatura, lo que supone aceptar que el Presidente sea colorado. Confiaba el Directorio en que, por estar los colorados divididos, los blancos decidirían con sus votos la elección del Presidente. Pero Saravia, aunque parecía aceptarlo todo, salía de su

inacción apenas se rozaba la posibilidad de alterar el statu quo. Sin decir agua va, desplegaba entonces anchurosamente la bandera de la revolución. Y ese pacto no era de los que entraban en sus cálculos, tan sencillos como inalterables. Renuncia entonces a la presidencia honoraria del Directorio, y el Directorio cae de inmediato. Apenas el caudillo frucía el ceño todos volaban al Cordobés, o a Melo, por ver de apaciguarlo. La coparticipación se basaba en esa exclusiva alternativa: votos o fusiles.

El Partido Nacional parecía mejor organizado que el Partido Colorado, y es que le iba la vida en ese estar permanente en pie de guerra. Tenía su Directorio para las relaciones oficiales, y su organización militar, tan clandestina como firme, por si el gobierno quería serlo demasiado. Los colorados no tenían sino el poder estatal, con el Presidente y su cofradía; y, en el círculo de Batlle, el germen de un nuevo Partido Colorado, pero aún sin estatutos, ni Directorio, ni organización. Al perder por un voto blanco la presidencia del Senado, Batlle da rienda suelta a su despecho y proclama que hay que terminar con los acuerdos y con un país partido al medio. "Basta de contemplaciones con el Partido Nacional", pregona decididamente. Si Saravia había aceptado la dictadura de Cuestas (y luego su gobierno), era porque Cuestas aceptaba por su parte la virtual dictadura de Saravia. A Saravia le conviene esa situación obstruida. Sólo aspira a tener fuerza para impedir que nada cambie. Su silencio, es muy parecido a la resistencia de la tradición, tan muda como indeclinable. Lo mejor es que todo siga como está, que los gobiernos sean "mansos". Habla siempre de paz, de elecciones; exhorta a la inscripción, simula esperarlo todo de la victoria en los comicios, pero sabe que sólo la fuerza puede sostenerlo, y no aspira, en el fondo, sino a eso: a sostenerse.

De ahí que en 1902, cuando invadieran los colectivistas de Tezanos, le ofrezca su concurso a Cuestas. Se necesitan y apoyan mutuamente. El "águila del Cordobés" debía además cuidarse de los blancos disidentes. En 1902 intentaron seriamente, en efecto, eliminar al caudillo y apropiarse de sus "armitas", tan trabajosamente acumuladas; una advertencia oportuna le permitió adoptar las medidas necesarias y desbaratar el golpe.



*Medio Uruguay acampado junto a la divisa blanca.*

# Aparece Batlle en escena

El error más grave de Saravia fue el de cuidar excesivamente su prestigio, no pronunciándose en 1903 por ninguna candidatura presidencial. Posibilitó de ese modo la victoria de Batlle, enemigo radical del Estado bifronte que Cuestas había consentido en estabilizar. El país, según lo concebía Batlle, tenía que regirse por normas unitarias, ya no con la propensión clasista de Latorre, sino en atención a aquella pequeña burguesía y clase proletaria que hacían de Montevideo una ciudad determinante en cierto modo de la organización nacional. No había podido concretarse aún una real integración entre el campo y la ciudad, un desarrollo paralelo y armónico.

En esos años se produjo un claro desfasaje. La pérdida de los mercados de tasajo en Cuba, liberada de España en el 98, y de Brasil, con la abolición de la esclavitud, requería una nueva organización de la campaña, la mejora de sus carnes, la utilización de métodos nuevos de



*Don José Batlle y Ordóñez, "el creador de su tiempo".*

*Coronel Basilicio Saravia.*

CARTA DE APARICIO SARAVIA
A SU HERMANO BASILICIO

Mayo 4 de 1897. Señor don Basilicio Saravia. Mi estimado Basilicio: esta carta tiene por objeto deslindar nuestra respectiva situación y establecer desde ya nuestra norma de conducta en la guerra actual. Lo creo necesario, porque dadas tus anteriores manifestaciones, que creí sinceras, contra un gobierno que saquea e insulta a nuestra amada patria, no pensé jamás en que llegaría un día en que tomarías las armas en su defensa. No pretendo hacerte un cargo por tus opiniones políticas, cada cual es dueño de pensar a ese respecto como le parezca más conveniente a los intereses públicos, pero sí te lo hago, y muy fundado, por tu actitud en la actual contienda civil. Desde la guerra de Aparicio permaneciste retirado y sin ocupar otra cosa que tu trabajo; pasó por el país la tiranía erigida en sistema; a ésta ha sucedido el robo, también sistemático... Cualquiera que no supiese que personalmente eres un hombre honrado, creería que si no te gustan los opresores, no te disgustan los rateros. Lo estás probando: hoy el Partido Nacional moviliza un ejército que no viene a luchar por una divisa, sino porque prevalezca lo bueno y lo puro que aún nos queda, en ese derrumbe de instituciones y de hombres; me nombra su general en jefe y tú, mi hermano, el buen ciudadano que levantaba la voz y condenaba a corruptores y corrompidos, se ciñe la espada para que unos y otros sigan cubriéndonos de vergüenza. ¿Quién te obliga a un procedimiento tan indigno? Estás luchando contra tu propia sangre, porque sabes que si la revolución no triunfa, todo habrá terminado para los buenos orientales y por consiguiente yo ya no tendré patria; mi hogar se levantará en tierra extranjera, y mis hijos se olvidarán hasta de los colores de la bandera a cuya sombra nacieron. Esto te lo deberé a ti en parte y quiero que sepas, si llega el caso, que no lo olvidaré jamás... Por lo pronto somos extraños el uno al otro. Debo de olvidar el cariño que te he tenido y no ver en ti sino un enemigo de mi país y de mi causa. Haz tú otro tanto si crees que sirves a algo que valga la pena de ser servido y no te acuerdes más de mi nombre.

*Aparicio Saravia*

## CARTAS DE APARICIO SARAVIA A SU HERMANO BASILICIO

Caraguatá, 6 de mayo de 1897 (...). — El país hace mucho que está en ruinas;; pero sobre este suelo que adoramos los dos, la huella que han dejado los gobiernos que crees gobiernos de orden y que han sido gobiernos de licencia. Mientras Bernardo P. Berro, mientras Giró, mientras el probo Atanasio Aguirre, mientras los presidentes del Partido que hoy está en armas cuidaban la hacienda pública y acrecían las comodidades privadas por la pureza de su administración, los gobiernos a que tú te refieres en tu extensa nota, que han hecho todo lo contrario, pues sube hoy a 130 millones lo que debe el país, cuando en tiempos de Berro el país debía dos millones tan solo y el hada de la prosperidad vestía de esmeralda sus praderas feraces y llenaba los trojes de sus ciudades recién nacidas. Es por eso, hermano, que estoy en donde estoy, y aquí estaré al morir. En el bando de los administradores de buena fe; en el partido de las probidades presidenciales; junto a aquellos que suben y bajan pobres del poder; donde nuestro padre que no sabía manchar sus canas hubiera estado en la hora de las grandes y las supremas crisis de la conciencia pública (...) ¿Tú crees servir a la Patria en el puesto que ocupas? Pues no la sirves. Sirves tan sólo a un círculo; la patria es algo más de lo que tú supones; la patria es el poder que se hace respetar por el prestigio de sus honradeces y por la religión de las instituciones no mancilladas; la patria es el conjunto de todos los partidos en el amplio y pleno uso de sus derechos; la patria es la dignidad arriba y el regocijo abajo; la patria no es el grupo de mercaderes y de histriones políticos que han hecho de las prerrogativas del ciudadano, nubes que el viento lleva y que se sientan hoy donde se sentaban próceres y adalides en los tiempos heroicos de nuestra historia (...) Deseo manifestarte lo mucho que me duele y lo harto que me pesa verte luchar en pro de una camarilla sin ley ni patria, contra las más legítimas aspiraciones y contra los más generosos anhelos del alma de esta tierra de desventuras. Tú me dices que eres soldado de un gobierno constituido, olvidando que lo fue mal. Yo te preferiría soldado de la nación, del derecho, de la libertad, de la honradez administrativa; lo que no obstante para que bien te quiera quien no olvidará nunca los vínculos sagrados que a ti te unen. Es tuyo siempre.

*Aparicio Saravia*

Cerro de Pereira, mayo 10 de 1897 (...) No es el momento de debatir cuestiones de índole general. Es el momento de la acción que suprime toda controversia estéril y encamina a los hombres a la pelea y al sacrificio. El debate ya se apuró convenientemente. De lo que se trata ahora es de poner a prueba el esfuerzo patriótico de acuerdo con las justas exigencias de la opinión pública y a ello estoy dispuesto. En holocausto a ideales que tú juzgas imposibles cayó Gumersindo en buena ley y Chiquito regó con sangre generosa el suelo de su patria. No sé si la suerte hará lo mismo conmigo; pero acepto resignado mi destino a impulsos, no de un fanatismo que no tiene accesos en mi espíritu sereno, como tú lo supones, sino de una fe profunda e inquebrantable en el triunfo de principios invencibles que triunfarán al fin con mi muerte y sin mi muerte para honor de los orientales".

*Aparicio Saravia*



*El complejo y heterogéneo mundo montonero: paisanos y puebleros, ancianos y niños, caballos y diligencias... y una sola bandera: la del caudillo.*

conservación. En aquellos años anteriores a los frigoríficos, cuando Salvo y Campomar habían abierto ya su fábrica de tejidos, se insinuaba definidamente una ruptura entre el sector del campo reaccio a innovaciones y el sector capitalino (con su prolongación en los estancieros progresistas tipo Reyles), que requería instituciones coherentes y una nación unida. Saravia y Batlle encarnaban bastante exactamente ambas tendencias, y dado el momento de transición en que se vivía y la firmeza con que uno y otro se atenían a sus respectivas posiciones, el choque resultaba inevitable. Saravia no concebía cambios estructurales; su holgada situación personal lo exoneraba de toda inquietud a ese respecto. Las dos mil cuadras que recibiera en herencia eran ahora nueve mil. Batlle no podía por su parte admitir esa resistencia; no podía actuar sino en un país organizado como una estructura unitaria, en la que el pequeño burgués, y un proletariado mejor contemplado, merecían su constante atención.

Los grandes terratenientes tradicionalistas tenían motivo para temer a Batlle, quien no veía en el campo sino una fuente de recursos a obtener mediante impuestos progresivos, de acuerdo a la tesis georgista. Pero ese socialismo presidido por el Estado apenas si afectó el poder de un latifundio entonces más fuerte que nunca, al triplicarse en pocos años el valor de la tierra. Si tanto el Presidente Roca como João Francisco simpatizaban con Saravia, es porque veían en él el paladín del viejo orden dependiente de Inglaterra, oponiéndose a un orden republicano que amenazaba hacer del Estado un instrumento incontrastable, opuesto tanto a los intereses locales, como a los que dependían del extranjero; y demasiado inclinado, además, con Batlle, a inmiscuirse por medio de la ley en las



*Heridos dejados por el ejército revolucionario en Melo.*

relaciones del capital y del trabajo. Mientras Cuestas reprimía las huelgas, Batlle hará todo lo posible por justificarlas. Mientras los intereses de Mac-Eachen, candidato que había preferido Saravia, coincidían con los de los grandes terratenientes, Batlle buscará su apoyo en la pequeña burguesía y en el incipiente proletariado, parte del cual trató de convertir en domesticada burocracia. Ante rival tan emprendedor y obstinado, Saravia debió tomar posición más abiertamente. Batlle empezó por tantearlo traspasando dos de las jefaturas blancas a los "calepinos" de Acevedo Díaz. La respuesta de Saravia fue firme: "No entrego las jefaturas". Congrega su gente. Concurren ahora miles de adictos previamente regimentados por los jefes de los departamentos blancos. Batlle, comprendiendo entonces que aún no estaba pronto para enfrentar a Saravia, depuso su actitud. Pero empezó a prepararse tenazmente, viendo que ya no cabía otro argumento que la fuerza, sobre todo al enterarse del espectacular desfile organizado por Saravia en Nico Pérez, en donde quince mil jinetes dieron fe del poderío de las huestes del caudillo blanco. A fines del mismo año se le presentó a Batlle la coyuntura que esperaba. Reclamada su ayuda por el jefe político de Rivera Carmelo Cabrera a raíz de sonados desmanes de tropas brasileñas, envió dos regimientos negándose posteriormente a retirarlos. Tal actitud dio lugar a innumerables idas y venidas, acusaciones y desmentidos acerca de presuntas promesas y pactos incumplidos. Viendo llegada la hora de actuar, Saravia conferencia en su casa con varios de sus jefes, y el 1º de enero de 1904 estalla la que habría de ser la última de las revoluciones campesinas. Desde el punto de vista del Cordobés, era sin embargo el gobierno el que se había sublevado.

# La Revolución de 1904

Rodearán a Saravia esta vez contingentes ya disciplinados en los departamentos blancos. Era una expresión de fuerza organizada, y no una rebelión que partía casi de cero, como la del 97. Carecía, además, de un contenido concreto. No era, como en el 97, la expresión de varios sectores oponiéndose a una situación resistida por múltiples motivos. Ahora se trataba simplemente de no ceder posiciones, y el motivo no podía ser más fútil. Pero se agregaba esta vez el influjo emocional que emanaba de un Saravia ya legendario, por lo que vino a reaparecer entonces el valor sentimental de la divisa. Paisanos tradicionalistas se mezclaron así a poetas e intelectuales. Muchos de los blancos de Muniz se volcarán hacia Saravia. Pero la fuerza principal la constituían las urbanas, aquellas milicias departamentales cuya situación estaba demasiado ligada a la suerte del partido revolucionario como para no otorgarle decididamente su concurso. Saravia llegó así a congregar hasta dieciocho mil hombres, pero se engañaría quien pensara que contaba con más opinión que en el 97. Al contrario; si bien es cierto que pudo disponer de mayores contingentes y pertrechos debido a las causas antedichas, también es cierto que la gran mayoría del país, comerciantes, extranjeros, estancieros progresistas, agricultores, el comercio y la industria en general, abominaban todos de una guerra que afectaba sus respectivos intereses, incluso el proletariado, el que podía esperar más de las

ideas de Batlle que de las lanzas de Saravia. La guerra amenazaba destruir riquezas y afectar la situación de todos, y más si se desataba a la escala que se preveía.

La divisa sólo podía congregar en primer lugar a la gente desligada u hombres sueltos, en segundo lugar a la gente comprometida por depender de las administraciones blancas, y finalmente a los estancieros reacios al evolucionismo socializante que propugnaba Batlle. Pero estos sectores opuestos a la modernización utilitaria y a la mentalidad que suponían "almacenera" del batllismo, realzarán su actitud con virtudes de devoción y heroicidad inconciliables con las prosaicas perspectivas de un porvenir vinteneado por conquistas que se les aparecían como demasiado inmanentes. La divisa adquiría por contraste una dimensión trascendente, ampliaba el yo con resonancias de un alcance en cierto modo religioso. Vivir riesgosamente, en ese extremo trágico que proponía Saravia, satisfacía una ansiedad vital que la vida concreta defraudaba. En Montevideo, en esos años, Herrera y Reissig, Quiroga y sus respectivos cenáculos trataban de escapar a esa mediocridad encaramándose a torres y miradores; y como ellos, una caterva escapista de bohemios, dandies y ácratas en pose de aventurerismo ante la prosperidad de tiro corto con que se amenazaba allanar toda "verdadera superioridad". No había sido así por mera coincidencia que Florencio Sánchez, en el 97, militara ya eventualmente en filas de Saravia.

Saravia contó de inmediato, esta vez, con muchos miles de gente preparada, congregada en Melo desde distintos puntos del país. Sin esperar el asentimiento del Directorio, se lanza de inmediato al frente de catorce mil hombres en persecución de Muniz, designado jefe del ejército del norte. No se apresura sin embargo por buscar pelea; necesita organizar y armar mejor su gente. Busca solamente "empujar" a Muniz y ampliar de ese modo el campo de sus operaciones, pero errores de sus jefes de vanguardia hacen que se libren los primeros combates de Mansavillagra y de Illescas. Derrotado, debe retirarse rumbo a Cerro Largo, perseguido tenazmente por Muniz a lo largo de trescientos quilómetros. Se acerca de ese modo a la frontera, mientras todo el mundo lo da por vencido definitivamente. Tanto se insiste en su fuga hacia el norte, que un cronista calcula que por ese entonces el jefe blanco ya tendría que estar en las Guayanas. Pero en donde vino a aparecer, para asombro y terror de los montevideanos, fue en Canelones, sin que nadie supiera cómo ni por dónde. Arrinconado por Muniz contra la raya del corner, junto a la frontera norte, se había escabullido con una de sus famosas "agachadas", en tanto el jefe gubernista cansaba sus últimos caballos en pos de lo que creía el grueso de las fuerzas saravistas, cuando no se trataba sino de un contingente de heridos y gente desarmada que Saravia había hecho marchar rumbo al Brasil en habilísima maniobra.

Con los pocos miles de hombres que pudo conducir, Saravia derrota en Fray Marcos a Melitón Muñoz, aprovechando torpezas en cadena del general de Canelones. El pánico cundió en Montevideo, en donde se llegó a abrir trincheras en torno a la Casa de Gobierno, pero Saravia no disponía de armamento suficiente como para tamaña aventura. Apenas si contaba con dos cañones, uno en mal estado, y con una ametralladora, armas que le tomara a Muñoz, por lo que dijera entonces que disponía de "un machito, una hembrita y un capón". Prefirió tomar hacia el oeste, atravesando con sus partidas Florida, Flores, San José, Colonia y el este de Soriano, cobrando impuestos, desfilando ostentosamente por algunos pueblos y consiguiendo de ese modo dinero, gente y armas, estas últimas siempre menos que las que necesitaba, en tanto Muniz recién iba saliendo de su asombro al saber tan lejos a Aparicio.



*Para el semanario ilustrado "Rojo y Blanco" (1902) es Juan Lindolfo Cuestas un nuevo Luis XI...*

Luego de cruzar el Río Negro, entonces muy crecido, buscó Saravia acercarse al Uruguay por Salto, a fin de facilitar incorporaciones de gente desde la Argentina. Debe decirse aquí que el empeño y la sagacidad de Batlle estaba a la altura del rival que enfrentaba, dirigiendo las operaciones, cambiando piezas, movilizándolas oportunamente, disponiendo la estrategia general y las tácticas en lo particular, y aprovechando la inestimable ventaja constituida por las líneas ferroviarias que irradiaban desde Montevideo para enrocar largo cuando era necesario, llevando en un día tropas desde Treinta y Tres a Paysandú, trayecto que Saravia debía cumplir penosamente atravesando pedregales y pasos crecidos, y debiendo reabastecerse como podía de víveres y de caballos. Dicha movilidad de los efectivos gubernistas determinó la sangrienta sorpresa de Paso del Parque, en el Daymán. Saravia no pudo creer en la proxi-



*...a la vez que Eduardo Acevedo Díaz reflexiona: "Nuevo Aquiles, me alejo de la lucha/ A encerrarme en mi tienda/ Si mi partido, ingrato, no me escucha.../ ¡Allá se las entienda!"*

midad de Muniz, pese a los informes de su jefe de retaguardia, y se produjo entonces un tremendo entrevero, debiendo Saravia intervenir personalmente a fin de salvar el parque, no pudiendo impedir que una parte cayera en poder del enemigo.

Logró asimismo restablecer la moral de su ejército y evitar que las deserciones tomaran mucho cuerpo. Busca después recruzar el Río Negro junto a la frontera y a pesar de que siguen sus pasos Muniz y Benavente, avanza hacia el sur, llegando hasta San Ramón, a ochenta kilómetros de Montevideo, mientras una de sus guerrillas hace volar el puente de Pando, solamente a treinta. Parte de su ejército toma entonces hacia el oeste, intentando así dispersar a sus perseguidores, para luego reagrupar sus fuerzas, entrar en Rocha, atravesar Treinta y Tres, combatir victoriosamente en Paso de los Carros y cruzar de nuevo el Río Negro rumbo al norte. Recibe allí una noticia que parece apabullante: el parque que le traía Márquez ha caído en poder del enemigo. Saravia tiene ahora más de trece mil hombres, pero apenas la mitad con armas de fuego, muchas de ellas inutilizables, con sólo sesenta balas para cada fusil. Oculta la noticia del desastre y, acosado por los ejércitos de Galarza y Benavente, opta, luego de consultar con sus jefes, por enfrentar al de Galarza. El 22 de junio se encuentran ambas fuerzas en Tupambaé, sangriento choque de dos días en el que la caballería de Saravia debió ceder varias veces ante la superioridad de fuego, fusiles, ametralladoras y cañones del ejército de Galarza. Se dio el caso sin embargo de que ambos ejércitos quedaran exhaustos, hasta el punto que Galarza, presunto vencedor, debió retroceder hasta Nico Pérez buscando reabastecer su parque, perseguido por una pequeña avanzada de Saravia. Muchos muertos, cerca de mil, resultaron de la que vino a ser la más larga y enconada batalla de todas nuestras guerras civiles.

Y da comienzo al último acto de la guerra. Vuelve Saravia hacia el norte. Su ejército, demasiado numeroso, sin armas suficientes, difícil de mover y mantener, lo aplasta. "¡Si pudiera quedarme en el sur con sólo tres mil hombres bien armados!" Espera las municiones que le prometiera João Francisco, pero el caudillo riograndense no las entrega sin previo pago, y debe aguardar así que la Junta de Guerra bonaerense envíe el fondo necesario. Llueve sin cesar, y los pasos están cortados. Falta ganado que carnear. Logra pasar sin embargo como por milagro entre las tropas de Muniz, a quien para colmo le birla caballadas. Desconcierto y acusaciones en Montevideo, en donde se sospecha de Muniz. A poco es reemplazado por Vázquez, en tanto Saravia llega finalmente al noroeste, en donde recibe el suspirado armamento.

Galarza y Vázquez no andan lejos, y Saravia queda medio arrinconado. Pero dispone de más fuerzas que nunca, y resuelve entonces, en cálculo exacto, pelear antes de que se unan los dos jefes gubernistas, primero a Vázquez y después a Galarza. Cuenta para ello con quince mil hombres bien armados. Y el 1º de setiembre se formalizan en Masoller los primeros tiroteos. Ordenes no cumplidas determinan que su vanguardia se deje copar alturas estratégicas en las puntas del Arapey chico. Pierde así muchos hombres, pero logra soportar y repeler con ventajas el fuego gubernista. Hace participar en el combate de ese día a una parte de sus fuerzas, y deja la orden, que luego ratificará, de cargar al día siguiente con las poderosas reservas de que dispone. Hay constancia, en telegramas que se conocen de Vázquez, de que su ejército estaba a punto de abandonar el campo. Pero una bala perdida, esa tarde, hiere mortalmente a Saravia. La noticia cunde, y todo se desmorona. Saravia lo era todo, fuerza, resolución y moral y, sin él, la lucha es imposible. Pudo sin embargo, ese día, ser de victoria para los revolucionarios. Pero una vez más, sus órdenes no fueron obedecidas. Seguirán días turbios, de negociaciones y componendas clandestinas. Y el 10 de setiembre, en la estancia de su antiguo enemigo, João Francisco, muere Aparicio Saravia. No dejaba, al morir, sino la sustancia espiritual del mito. En lo inmediato, la exclusividad que se arrogó en la conducción de la guerra no hacía factible su continuación.

Por el camino habían quedado Mena, Núñez y tantos otros jefes a los que no les diera la oportunidad que merecían. No lo hacía impremeditadamente. Sabía que la revolución era siempre posible, que nadie era indispensable. Puede así censurársele cierto grado de desconsideración personal, pero no falta de conciencia de las circunstancias. Prefería —sin pensarlo, a puro instinto— el cumplimiento estricto de ciertas normas, a la plausibilidad de las soluciones acomodaticias.Era, en ese aspecto, mucho más pare-

cido a Artigas que a Rivera. Sabía que, en esos casos, lo que se iba era "la cáscara", pero quedaba "el cerno". Y no se equivocó. Aun sufriendo tremendos contratiempos, la muerte lo sorprendió cuando estaba a punto de vencer. Errores, cometió varios, y no por cierto leves. Actuó a veces con despego desafiante, desoyendo informes, acumulando distinciones en sus familiares. Centralizó demasiado, no sólo su poder, sino la importancia de su ascendiente personal. Sin Saravia, la revolución no podía sostenerse. Vivo, su ejército era invencible, pero no supo prever —¿o no le importó?— la derrota que sobrevendría inevitablemente con su muerte. Su actitud, su intención y su conducta fueron siempre rectilíneas. Quienes lo seguían, sabían así qué y a quién seguían. Era un caudillo digno como muy pocos de ese nombre.

## Después de Saravia

El 24 de setiembre se firmaba la Paz de Aceguá. Terminaba con ella la "coparticipación". El país era ahora uno, y podía entrar en la senda de organización republicana a que aspiraba Batlle. Estupor y dolor profundos conmovieron a todos, a Batlle incluso, por la muerte del caudillo. Se cerraba así una época, definitivamente.

Con relación a la evolución del país y a su progresiva toma de conciencia, lo de Saravia no fue sino una enorme distracción. Los "gauchos", y con ellos los intelectuales tipo Viana, creyeron tal vez que lo que estaba en juego era su reivindicación como seres sin destino. La lucha contra el gobierno se les presentaba como la lucha contra su propia frustración. Pero si bien gobierno y revolución, aunque en aspectos muy limitados —los que se referían a la explotación del agro y a la unificación nacional— podían ser considerados respectivamente como el progreso y la reacción, eran, por su composición policlasista —aunque predominaran en uno u otro bando algunos sectores determinados— expresiones que no podían conducir a restructuraciones fundamentales. Tales guerras fueron pues, alienación en estado casi puro, avatares de ese gran Macondo que era entonces el Uruguay entero. Se trataba, en efecto, de un mero conflicto de poder. Una especulación - forcejeo, de hombres contra hombres. Por el 900 Saravia empezó a comprar ganado fino, hablaba de la necesidad de "caminitos y escuelitas", se inscribía así sin reticencias en la vía que señalaba Batlle. Era opinión general que si Batlle y Saravia se hubieran "hablado" alguna vez, no habría habido guerra. Nada más cierto. En principio, nada esencial los separaba, sólo que Saravia manejaba los hombres y las cosas directamente, en tanto Batlle lo hacía a través de ideas aprendidas. Ideas que estaban haciendo falta, pero que Batlle aplicó sin conciencia clara del país, de su dependencia, del imperialismo que no sólo ignoró, sino al que incluso apeló, solicitando la presencia prepotente de sus barcos. Saravia estaba más cerca del país, pero no disponía de los instrumentos conceptuales que se requerían para abordar los problemas que se avecinaban. El escenario de nuestro conflicto se esta-

*El ejército nacionalista pasando el Río Santa Lucía.*





ba en efecto desplazando rápidamente en esos años. En 1904 Frugoni funda el Centro de estudios *"Carlos Marx"*, primera aproximación formal al teórico del socialismo. En ese mismo año se instala "La Frigorífica Uruguaya", lo que acelera el proceso de transformación de la estancia feudal en estancia empresa. Al agregado o aparcero servicial sucede entonces el peón asalariado, a veces desechado por antieconómico, relegado así al pueblo de ratas o al suburbio industrializado de la capital, en donde se mezcla, entre tango y tango, con gallegos, vascos e italianos, formando una clase difusa de artesanos, chacreros o pequeños comerciantes. Arreciarán las huelgas, la lucha social, el enfrentamiento de las clases. El estatismo socializante de Batlle podrá ir aplicando allí sus principios, atenuando la virulencia de esas luchas incipientes. Saravia quedaba solamente como una gran nostalgia ("¡Si estuviera Saravia!") de donde los blancos extraerán un ejemplo inagotable de vigor, decisión y nobleza moral. Sus restos son traídos en 1921 a Montevideo. Al fin hacía su entrada, con gloria, aunque no tras la victoria con que soñara. En el 56, año de su centenario, se levantará su efigie en bronce, a caballo. Cada vez más exótico, representante de un pasado apenas comunicado con la actualidad, salvo por sus virtudes de oriental, que, a pesar de tantos cambios, es posible aún reconocer intactas. Pareció anunciar la victoria con que, dos años después, el Partido Nacional recuperaba el Poder después de noventa años de llanura. Pero ya no en ancas de Saravia, sino de Nardone. Ya no a punta de lanza, sino al son de pericones grabados y propalados por radio dos veces cada día.

En 1906, con Mariano Saravia, en 1910 y en 1935 con Basilio Muñoz, se intentaron levantamientos que duraron lo que un lirio. Cierra así Saravia el largo período de nuestras guerras civiles. Le sucederá, en campaña, otra clase de caudillos, electoreros y mañosos; el sufragio libre por el que Saravia combatiera vino a dar en ese penoso manoseo de la voluntad popular. Pero su significación va más allá de ese programa expreso. En 1904 quedó convenido que había que hacer algo con la Constitución, y algo se hará en 1917. Sentó además un precedente de respeto a las minorías locales, y el civilismo que formalizó la intención de Batlle fue en gran parte obra del fuerte influjo de Saravia. Incorporó al Partido Nacional una exigencia que habría de levantar y homogeneizar por muchos años su actitud. Su poncho blanco hacía muy buena figura, al tope de las listas, y en nada cedía en prestancia y popularidad al espectacular sobretodo de Don Pepe. Su muerte le acaeció en el momento necesario, pues le permitió quedar vivo en la muerte más que si hubiera quedado vivo de verdad, porque al morir no debió enfrentar lo que, vivo, no hubiera podido resolver, y porque al morir pudo, en cambio, convertido en símbolo, en mito, seguir viviendo en el espíritu de muchos, como un ejemplo insuperable de esa resolución y esa energía que Artigas colocara siempre al tope entre las virtudes que debían ostentar los orientales.

CRONOLOGIA

1896. Nov. 22. — A. S. se moviliza desde su estancia.
Nov. 26. — Muerte del hijo de Justino Muniz.
Nov. 30. — Toma de Sarandí del Yí.
Dic. 8. — A. S. se interna en el Brasil.

1897. Marzo 5. — A. S. invade por el norte.
Marzo 19. — Batalla de Arbolito.
Marzo 28. — Incorporación de Diego Lamas (vencedor de Tres Arboles el 17 de marzo).
Abril 3. — Deserción de José Núñez y de 900 de sus hombres.
Abril 16. — Batalla de Cerros Colorados.
Mayo 14. — Batalla de Cerros Blancos.
Mayo 15. — Combate de Guaviyú.
Mayo 22. — Combate de Cuñapirú.
Junio 10. — Sitio de Salto.
Junio 12. — Combate del Hervidero.
Julio 7. — Batalla de Aceguá.
Julio 16. — Armisticio de Aceguá.
Agosto 5. — Reiniciación de la guerra.
Agosto 21. — Batalla de Tarariras.
Agosto 25. — Idiarte Borda es asesinado.
Agosto 26. — Combate de Sierras de Sosa.
Agosto 30. — Combate de Minas.
Set. 7. — Combate de la Picada de los Paraguayos.
Set. 18. — Tratado de paz en La Cruz.

1898. Mayo 20. — Muerte de Diego Lamas a raíz de un accidente.

1903. Marzo 1º — Batlle es proclamado Presidente.
Marzo 13. — A. S. da comienzo al movimiento revolucionario.
Marzo 25. — Paz de Nico Pérez.
Marzo 30. — Desfile en Nico Pérez de catorce mil hombres de A. S.
Nov. 2. — Se envía un regimiento a Rivera a pedido del Jefe Político.

1904. Enero 1º — A. S. moviliza sus fuerzas.
Enero 14. — Batalla de Mansavillagra.
Enero 15. — Batalla de Illescas.
Enero 17. — Combate de Paso de las Conchas, arroyo de Las Palmas.
Enero 30. — Batalla de Fray Marcos.
Marzo 2. — Batalla de Paso del Parque, en el Daymán.
Mayo 10. — A. S. llega a San Ramón.
Mayo 20. — Combate de Paso de los Carros, en el Olimar Chico.
Junio 22 y 23. — Batalla de Tupambaé.
Setiembre 1º — Batalla de Masoller.
Setiembre 10. — Muerte de A. S.
Setiembre 24. — Paz de Aceguá.



BIBLIOGRAFIA

SARAVIA GARCIA, Nepomuceno. — *Memorias de A. S.*, Montevideo, 1956.
GONZALEZ, Ramón P. — *Saravia en la Revolución de 1904*, Montevideo, 1949.
GALVEZ, Manuel. — *Vida de A. S.*, Buenos Aires, 1942.
DIAZ, José Virginio. — *Historia de Saravia, Montevideo*, 1920.
GIMENEZ PASTOR, A. — *La Revolución de 1897*, Montevideo, 1897.
PASEYRO, Ricardo. — *1897*, Montevideo, 1936.
REYES ABADIE, Wáshington. — *A. S. en el proceso político-social uruguayo"* en "Nexo" Nº 1, Montevideo, 1955.
DE VIANA, Javier. — *Con divisa banca*, Buenos Aires, 1904.
DE HERRERA, Luis Alberto. — *Por la Patria*, Montevideo, 1953.
PONCE DE LEON, Luis R. — *A. S.*, Montevideo, 1956.
ARDAO, Arturo y CASTRO, JULIO. — *Vida de Basilio Muñoz*, Montevideo, 1937.
MONEGAL, José. — *Vida de A. S.*, Montevideo, 1942.
Obras de carácter general, de Eduardo Acevedo, Juan E. Pivel Devoto y Alcira R. de Pivel Devoto, Alberto Zum Felde, Francisco R. Pintos, Carlos M. Rama, etc., etc.

# HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

## Enciclopedia

**Tomo III**

- * 21. Principistas y doctores. - Alba Mariani.
- * 22. Latorre y el Estado uruguayo. - José Pedro Barrán.
- * 23. Varela: la conciencia cultural. - Roque Faraone.
- * 24. La estancia alambrada. - Benjamín Nahum.
- * 25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos. - Guillermo Vázquez Franco.
- * 26. Los gringos. - Juan Antonio Oddone.
- * 27. Masones y liberales. - Manuel Claps.
- * 28. La belle époque. - Angel Rama.
- * 29. Los grandes negocios. - Julio C. Rodríguez.
- * 30. Saravia: el fin de las guerras civiles. - Washington Lockhart.

* Números ya publicados

## Cuaderno

**Tomo III**

21. La barca Puig. - Agustín de Vedia.
22. Panfletos contra puñales. - Angel Floro Costa.
23. La democracia y la escuela. - José Pedro Varela.
24. Juan Moreira. - Eduardo Gutiérrez, José J. Podestá.
25. Cuentos camperos. - Javier de Viana y otros.
26. La gringa. - Florencio Sánchez.
27. Las logias secretas. - Selección documental.
28. Crónicas mundanas. - Teófilo Díaz, Samuel Blixen, R. de las Carreras.
29. El socialismo triunfante. - Francisco Piria.
30. El león ciego. - Ernesto Herrera.





Ya están en venta est tapas para que Ud. mism encuaderne su colección Enciclopedia Uruguaya. S licítelas a su proveed habitual.




Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949 Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Febrero 1969. 